

ANTONIO MENGES

CUADERNO ROJO

LUCERNARIO

WWW.LUCERNARIO.ORG

Índice

LOS NOMBRES DEL AMOR	2
DICIEMBRE	4
NO ES VERDAD	6
PARA VIVIR	8
PARA VOLAR	10
ORIGEN	11
GESTA DE TU VOZ ANTIGUA	12
INVOCACIÓN	13
BUENA VISTA SOCIAL CLUB	15
TERMINAL	16
ALBERT EINSTEIN	18

II

Sujeta al ritmo transparente	20
No el más bello, ni el más fuerte	21
SOL Y LUNA	22
Con hambre de siglos el amor	23
Los manuscritos eran también suspiros	24
Julio, nieve, álamo	25
Los pájaros se posan en la mesa	26
Son lo mismo: silencio y desaliento	27
REFRACCIÓN	28

III

CAMPO DE GIRASOLES	30
SOLEDAD DE LOS CAMPOS	31
AGUADORAS ERRANTES	32
VOLUNTAD PRISIONERA	33

LOS NOMBRES DEL AMOR

Tus manos con mis manos hacen bosque,
el viento de la sangre está meciéndolo.
En muro que recita un cielo desolado
veinte silencios a la vez nos miran,
acarician la luz y diseminan
veinte tímidos pájaros de sombra.

Y alrededor, trenzándose de anillos
y plegarias y de surcos y danzas,
la agonía evidente del vacío
prende la nueva vida que esperaba:
las yemas de los dedos reverdecen,
abren cunas a flores del aliento

y el aliento se abrasa y se redime.
En su honda raíz la voz se agua.
Y suma de interior desmemoriado,
la habitación el mar en desprendido
calmo cáliz a la pasión ofrenda.
Y tus manos con mis manos son anémona.

Y ese ojo de pez del amor ciego,
de su onda ciliar salta a los nuestros
que el amor asesino ha vaciado,
y susurros se cuelan de los roces
que el amor sigiloso ha silenciado,
y el amor cabizbajo se extravía.

Y en la celeste desolación del cuarto
el amor vigilante canta oleajes
y el amor traicionero nos ignora
para que no sepamos nuestros nombres
que el amor desdichado nos daría
si en el poema del tiempo que se tiene

de anémonas y de árboles y luz
y sombra, de agua, fuego y aliento
y de este verso y de aquél y aquellos
cómplices ahogados en secreto,
tus manos y mis manos las palabras
tus manos de mis manos separaran.

DICIEMBRE

Desconcertadas tocan a muerto
las campanas de San Nicolás de Bari.
Desconcertadas tocan a duelo,
a frío y a vaho,
desnudando la plaza de tu paso,
del mío de mi nombre de tu nombre.

Desnudando la plaza,
desnudando el arco del invierno,
al instante imprevisible aullido
estalla en niebla
y anula sus misivas disgregadas —
oh hermano,
arrodilla tu palabra frente al duelo.

La muerte en su envoltura se aparece
porque es tiempo y lo sacaron
sujeto a la madera y con espada
perforaron su garganta
para trocar su hogar en fuente roja;

y el aire empujan tercas —quién
por quién— sin melodía
las campanas de San Nicolás
de Bari en Madrigal en pleno centro
de la ausencia

que camina
al lado de su ausencia,

entre reja y ladrillo,
vaho
y agonía,

por el trasunto vano,
sin cordel
y sin vuelta

de la mano tendida
sin verbo
y sin misterio.

NO ES VERDAD

Todos los caminos conducen a Roma

A Patricia Liliana

Estos hilos llevan a algún sitio.
Un sitio por un sueño de tiempo,
imagen de la marca de tu vida.
Su decurso la pequeña ganancia,
un haz de pradería; su paisaje,
lenta y audaz labor del laberinto
que en un país de nubes lo disuelve.
La marca, sin embargo, viene a ser
molino donde avientas las pasiones
en una era sin uso que a su lado
te mira silenciosa. Las dejas en el aire,
las dejas que se vayan hacia el río,
que el sol las intercepte en pleno vuelo,
acune su descenso, las incendie
en el agua.

Entre cantos rodados
es el hilo y la voz. Y es el agua.
Agua de los espejos, lo demás nada.

Agua de los espejos tuya y mía.
El mundo que en sus ondas se refleja
tiene sabor sonoro, flor de plata
y pacífica estela de ángel muerto.
(Reconoce que alguna vez lloraste
por ver a aquél llorar, como si el cielo
realmente existiera, con translúcidas

penas que al ocaso empañaban,
vírgenes de las puras superficies,
el dulce presentir de su figura).
Sangre de ángel oscurece las cifras
que atan verso y memoria elementales:
no deja él de morir mientras suceden,
y en sus trémulos pliegues guarda
latencia a su muerte.

Entre un reflejo
y otro, es el duelo. Y es el verbo.
Verbo de los espejos, tuyo y mío.

Verbo de los espejos, lo demás
nada. Roma da fe, santo y seña
de las formas de perder el sentido,
de las formas de extraviar el camino,
de las formas de anular el destino.
Roma, forma de formas, victoriosa,
es el único sitio: tierra por medio,
pero sólo aire, agua, fuego;
término de los signos lapidarios;
sombra de las cenizas de la historia.
Y el roce misterioso en que se gasta,
como hilo que tenso continúa
a tirones de tiempo, sólo existe
por ti, como tu mundo.

Entre este mundo
y tú no hay diferencia. Hay propiedad.
No es verdad que otro dios esté aguardando.

PARA VIVIR

A Su

I

Para vivir fundada en la esperanza
has recorrido el tiempo de la lluvia:
tus lágrimas, ahora gritos de luz,
renuncian a la tierra fugitiva;

renuncian a la voz entrecortada
que no siembra sino pasión de viento;
a añadirse entre las vidas invisibles,
a regar el hospicio de las sombras.

II

Para vivir fundado en la esperanza
he recorrido el tiempo de la lluvia:
mis lágrimas, ahora gritos de luz,
discurren por la tierra fugitiva;

abrazan la centella de las voces
que no siembra sino pasión de viento;
las vidas que las hacen invisibles,
la canción irisada de las sombras.

NO SON LAS PETUNIAS...

No son las petunias a los pies del olivo
del olivo, sino espejo gentil de su corona.
Entrañada con dolosa pasión fija,
la luz que se prendió en él camina
del espíritu en verde que a la lluvia
participó la hoja y su espesura
a ese temblor manchado de fe y lila
vuelto sin fin de espaldas a la tierra.

Los ojos siempre en medio, el medio,
dirías, la tarde variando el conductor
sudario que hila la memoria: petunias
que alzan la misma historia extraña,
olivo tumultuoso que desciende, solo,
a su guarida sin gloria, como fúnebre;
el cielo azul, la tierra negra, el silencio.
Cemento. Vidrio. Un tren que pasa.

No es el olivo en su mecerse tembloroso
sino estas nuevas aguas manuscritas
en el ardiente espejo de las flores.
Toma ésta o aquella otra, di a quien quieras
toma, llévate ésta, estaba a los pies del árbol
cuando empecé a vibrar, o aquella otra,
más morena, por cosas que no entiendo,
espíritu, espejo, luz; tierra, espesura.

PARA VOLAR

(Homenaje a Sophia de Mello)

Mundo de Sophia
— nombre de reinención —
rasgando a fuga el sueño
cual vaho templado
en el lienzo del alba;

sosiego de toda particularidad física

para volar,
 sorteando
en el acontecer de viejos templos
las nubes de la palabra.

ORIGEN

Esto de ser interactivo con la vida
trivial de cada hora
y sonreírle a una conversación extraña
o abandonarse al acordeón
no tiene recompensa;

el tiempo, acaso, que te tomas
como un buen vino
a palo seco; un vino
de muy antiguas cepas,
cuidadas con esmero
por la familia.

GESTA DE TU VOZ ANTIGUA

Sobre el banco huérfano,
donde acalla el agua
y la sombra fuma
los soles de los días por vivir,

con impulso de repetición,
mueve a cantar el pájaro imperioso
dormido en el sueño de tu voz.

Y mis brazos se doblan,
para acoger su fuga.

INVOCACIÓN

Letrarca, pintor de velos,
variando los azules,
no retirándote en la flor
de la flor de mi vida
ven,
cardinal, a ser el norte.

Trae los agrestes peces,
su platería oscura,
el aleteo pétreo
que hacen de este mar no visible
singladura
así,
sí,
sola cuerda vibrante.

Ciego el ojo en el ojo
y el labio por el labio desistido. Letrarca, pintor de velos,
variando los azules,
no retirándote en la flor
de la flor de mi vida
ven,
cardinal, a ser el norte.

Trae los agrestes peces,
su platería oscura,

el aleteo pétreo
que hacen de este mar no visible
singladura
así,
sí,
sola cuerda vibrante.

Ciego el ojo en el ojo
y el labio por el labio desistido.

BUENA VISTA SOCIAL CLUB

Crees que no se oye y vas juntando
música y vas juntando
música y se oye,
¡que si se oye!, la llenas oye,
la llenas,

la llenas como si el mundo
entero se acompasara
a reunir sus pedazos
en tu juntura redonda, oye
de andar por casa.

TERMINAL

Por todos los trenes que se pierden
en el mar de centellas sin trasladar la sombra;
por la queja discreta de las vías,
cuya nostalgia da lugar a los puentes;
por esa sombra alzada sobre el puente
mirando el tren que arriba al mar de centellas;
por esa vía muerta, de pasión deslumbrada,
que no halla cielo abierto a su ceguera;

por el clamor que aleja la última asonancia,
zaga para la brisa, que huye desconsolada
tras el que pasó ya y ya no se alcanza;
por la sombra que cala más sombra en lo más hondo,
mientras la luz de cruce inútil se persigna
cual exigua conciencia de azorados colores;

por el río a lo lejos, de tristes, por serenos
pasajes de cipreses camino de veloces;
por esos tercios topes agrietados, sucios
de barro, negros de humo, envueltos en neblina
como un salmo agotado en su programa viejo
cuya fe no es principio sino desvaído intento;

por esa ajusticiada invención del frío nocturno
que nunca extrañó nadie porque nadie la oye;
por ese amor que es —casi siempre rezar
y a veces sangre— y no es —la luz del mediodía

al saludar los prados los trenes de la infancia—;
por esa nieve eterna eternamente impávida
que marchitó esas flores y aquéllas y aquella otra;

por esos viejos trenes que fueron de la luz
y la luz enterraron en rieles boquiabiertos;
por esa sensación a solas sobre el puente,
sin piedad abocada al cisco de la nieve;
por los mares lejanos y los mares abiertos,
los mares de centellas que no lloran sus muertos;
por vidas que se fueron dejando entre sus manos
el río del corazón del puente horadado;

por la figura tenaz y persuasiva, llameante
e hiriente, ensimismada y percusora
por salir —como flor o pájaro o agónica luna—
inevitable, rítmica y en palabras flechada
sin conciencia y sin yo hacia la noche,
ni ángel ni pasión sino barquera amada—
una mujer encinta de las aguas del sueño,
una virgen gravada con el tránsito mismo,

la que en anoheceres viaja teñidos de espanto
en busca del amado cual insensato silbo
y se pierde en promesas de lugares remotos,
y se pierde en plegarias de países ausentes,
y se pierde en amor como un dios en el tiempo
que siempre llega a sí pero no se da cuenta,

¡el río! ¡el río! dice, el sueño, el sueño
y yo la oye, yo escucha, un momento varado
sobre el puente sumiso y silencioso,
camino de los astros, del asir evasivo,
mientras el tren se hunde en el mar de centellas,
sin trasladar la sombra, por la queja discreta.

ALBERT EINSTEIN

Muere el tiempo conmigo, dice Albert
y el espacio,
pero eso no cambia nada:

si en tu mente había pájaros,
déjalos estar;

si se vencen las ramas, deja
que atrape el niño su dulzura extrema;

si adolece el día,
vuelve a frasear tu sol largo y nocturno.

No temas a la física
ni a la filosofía,
esas augustas ángeles del hambre.

II

Sujeta al ritmo transparente,
como la fuente
discurre la presencia.

No el más bello, ni el más fuerte,
sino el que se queda
hace las delicias del amanecer.

SOL Y LUNA

Sol

Hoy serás mi alto en los azares,
la calavera que autorice
el monólogo del día.

Luna

En este cuarto que entras,
tu claridad nocturna
describe el soliloquio.

Con hambre de siglos el amor
vuelve a ser —remordimiento
hasta el alba sin causa.

Los manuscritos eran también suspiros,
aire silabeado
de inadvertido desaprender.

Julio, nieve, álamo:
una estación sola
quema el tránsito.

Los pájaros se posan en la mesa
cuando abstraído en vuelo
el poeta recorre los infiernos.

Son lo mismo: silencio y desaliento.
Un nombre deslucido en plena sombra,
como un tigre rayando la conciencia.

REFRACCIÓN

Padece la indigencia del verano:
frivoliza sobre los matices del habla,
no es posible dar crédito a su presencia.

III

CAMPO DE GIRASOLES

Cariacontecidos, preocupados por la sombra
del que va delante
sin un gesto, con cierta pesadumbre
se niegan la luz crepuscular de septiembre.

Alguno aún capaz de liderazgo yergue
su panoplia mustia
entre los otros, sujeto de una ilusión ajena
que pasa de camino, distraída por su lado.

Si es la mía esa ilusión, fantaseo adorar
la multitud; y juego
a conocer la valía de todos y cada uno,
en qué proporción mezclan tierra y oro.

Antes de perderme de vista entre los hombres,
cuanto de común
nos liga a las estrellas se fija, bien medido,
en este casi triste campo de girasoles.

Por encima el sol, al retirarse con un borde cobrizo
tras las alas del vencejo
tasa el último vuelo; y allá en la distancia
ilumina los farolillos del cementerio.

SOLEDAD DE LOS CAMPOS

Duermo y junto mi cálamo.
Sueño bajo un olivo.

El cuerpo de mi mujer se reparte
en los pequeños frutos negros,
brillantes cual pupilas.

El murmullo de mis hijos
alienta la danza de las hojas.

La tierra revienta al pie, deleznable:
huye las huellas
del sol o del viento.

Animales hay pocos, pequeños y ligeros.
Escasea el agua.

Al fondo piensa nieblas
una casa en silencio,
refugio de consuelos invisibles.

Soledad de los campos.

AGUADORAS ERRANTES

El eco se conmueve recién creado
y adopta, protector,

la informal sugestión que tras mis pasos,
bajo otro paraguas
sigue el son de la lluvia

y el charco desplazado
y este jardín de negra bóveda
bajo el cual pasan las cavilaciones

con alma de penumbra
y traza de algo ido.

VOLUNTAD PRISIONERA

I

Por tus ojos entro al bosque.

Los restos de la barca,
rojo negro,
seducen entre lianas al vacío.

Llanto de madera, silencio
que rodeo.

II

De lejos, su perfil
disimulan estilizados índices ocres; dos
la alzan sobre altos zancos súbitos,
largos pasos la llevan
hacia el fondo.

III

Siguiendo el camino recién descubierto,
sobre el llamado de las hojas muertas

despierta la espesura: espían
a la izquierda
troncos grises hermanados,
tres figuras de gabán y hongo breve.

IV

Viro luego a la casa (aún no lo es,
exigua sugerencia de prietas y enmarañadas
zarzas verdes,
envueltas en niebla):

un destello insinúa una ventana,
creo la puerta
y abro.

V

Del bosque
por tus ojos
las viejas leyendas,
de su voz:

mira y queda atenta,
navegante sin rumbo;

prende aún
en símiles imaginario

cuando tras el amor saciado el rayo anula,
de una vez y para siempre,
los sentidos.

*

— ¿Cuál es el sueño de tu vida?
— Éste.

*

De arriba se van los pájaros,
viene de abajo el agua.
Fuente del beso, río del deseo;
salmones remontando,
destellos y relumbres.

® Para uso privado únicamente. Prohibida la reproducción mediante cualquier medio sin consentimiento expreso del autor.

Dirección de contacto: alcalis@lucernario.org